

años después moría ahogado con toda la compañía de Inés Gallo, al atravesar la barra de Huelva, completaban la compañía de Antonio de Rueda.

Llegó la tarde del 10 de noviembre y el corral se hallaba atestado de espectadores, divididos en bandos, unos a favor de Antonia Infante, primera de la compañía, y otros entusiastas de la segunda dama, Jacinta Herbias.

Era la Antonia Infante, o Infanta, que también así la llamaron, mujer de

Y es tanta la mortandad,  
que porque mi bizarría  
tenga que matar mañana,  
hoy me recojo de vista.

Empezó a declamar hacia el año 1620, distinguiéndose en las jácaras.

No debía ser menos traviesa y bonita la Jacinta Herbias, que estuvo en la compañía de Olmedo y mereció que la escribiese *loas* el ya citado Quiñones de Benavente. Cantaba como un ángel y vestía con perfección y gusto.



Pedro de Ascanio, con el cual contrajo matrimonio figurando en su compañía.

Era muy blanca, y cuenta Pellicer que usaba en el lecho sábanas de tafetán negro.

En una loa se dice de ella:

Moza de carita zaina,  
como digamos la mía,  
de miradura matante,  
venenosa y basilisca;  
tanto, que si algún pobrete  
de mirarla se descuida,  
dice, sin ser escribano,  
de mis ojos cada niña:  
—Doy fe que ante mí pasó  
esta muerte repentina.

La ya indicada tarde del 10 de noviembre, serían las cuatro de ella, según Sánchez Arjona, de quien tomamos este suceso, acabábase la primera jornada de la comedia y con ella un baile, en el que debieron tomar parte la Infante y la Herbias. El público aplaudió con delirio y un espectador, que se hallaba cerca del tablado, gritó:

—¡Vitor, Jacinta!

Era éste don Pedro de Montalbo, natural de Cádiz, estudiante, muy querido de éstos y de los clérigos de Sevilla, cuya carrera seguía.

Apercibida la Infante del grito de